

Itinerario Cultural

de Almorávides y Almohades



Guía de la arquitectura almorávide y almohade de al-Andalus

El proceso experimentado durante el dominio sucesivo de los almorávides y de los almohades sobre al-Andalus guarda cierta relación con lo ocurrido en la historia inicial de los musulmanes, pues unas gentes surgidas del desierto del Sahara occidental en el primer caso o de las montañas de Atlas en el segundo, movidos primordialmente por la fe musulmana purificada y el deseo de tierras más prósperas, se lanzaron desde el sur a la conquista de territorios septentrionales densamente poblados, articulados en una trama de núcleos urbanos antiguos. Entraron en contacto con otras realidades sociales dotadas de una tradición cultural más compleja, que hundía sus raíces con mayor o menor profundidad, en el mundo clásico, pues habían sido territorios periféricos del viejo Imperio Romano. Similar fenómeno se había dado medio milenio antes en el Próximo Oriente, cuando los beduinos recién convertidos al naciente Islam invadieron las tierras situadas al norte de su árido solar y se instalaron como huéspedes perpetuos en pujantes comarcas de la parte oriental del Imperio Bizantino y del Imperio Sasánida.

Este avance y penetración resultó a la postre enriquecedora al suponer una renovación cultural. En todo ello juega un papel crucial la necesidad, muy pronto manifestada, de incorporar a la nueva ideología las formas artísticas, y, más que nada, la arquitectura, a las que se asigna la tarea de identificación y representación de la renovada realidad política y religiosa. En cuanto termina la fase de expansión y conquista y se estabiliza el nuevo estado, convirtiéndose



Castillo de Montánchez.

la actividad edificatoria en un modo de manifestar la consolidación de la nueva situación.

La llegada de los almorávides a la Península en socorro de los reyes de *taifas* supuso en definitiva la desaparición de estas entidades políticas y la consiguiente unificación de al-Andalus en un dominio único, junto con los territorios africanos del centro y del oeste del Magreb. A partir de la caída de las *taifas*, herederas de la cultura y el arte del califato cordobés, se inicia una nueva etapa en el arte de al-Andalus, pues el espíritu más puritano, al menos en sus inicios,

de los nuevos gobernantes hará surgir nuevas formas y nuevos conceptos estéticos. Sin embargo, la asimilación de muchos aspectos de la sofisticada y hedonista cultura artística andalusí impuso primero un período de maduración. No será hasta la llegada del poder de Ali Ibn Yusuf, hijo y sucesor del forjador del imperio almorávide, cuando esa asimilación empiece a dar sus frutos; sabemos que la hizo de una esclava cristiana, que pasó gran parte de su vida en al-Andalus y se rodeó de personajes oriundos de la Península. Terminada la fase militar expansiva desarrollada sobre todo por su padre, Ali acometió importantes proyectos constructivos, sobre todo en el Magreb, que incluyeron mezquitas, palacios y fortificaciones.

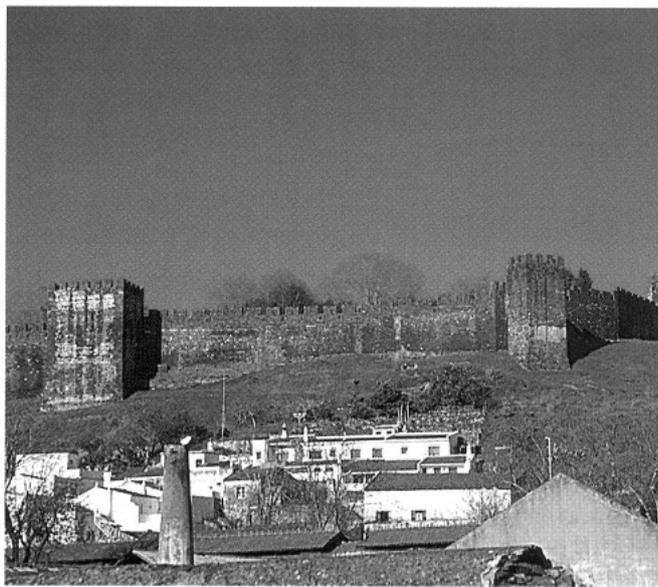
Aunque nos quedan pocos restos de las construcciones almorávides en la Península, no realizaron, que sepamos edificaciones religiosas, o al menos no tenemos testimonios fidedignos de su existencia. Sí es posible atribuir a este periodo algunas de las más importantes fortificaciones del sur peninsular, ya que a raíz de la expedición de Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, que durante más de un año recorrió con sus huestes gran parte de Andalucía, Ali Ibn Yusuf estableció un impuesto especial para la construcción y refuerzo de las fortificaciones de al-Andalus. A esta determinación parece que corresponden las grandes cercas urbanas de Niebla, Sevilla y el arrabal de la Ajarquía de Córdoba y las fortificaciones de Granada.

De aquella época, sean de influencia almorávide o taifal, conservamos importantes vestigios de arquitectura doméstica en el Levante peninsular, *Sharq al-Andalus*. La desmembración del imperio almorávide trajo, una vez más, la reaparición de pequeños reinos de taifa en al-Andalus, de escasa vida e importancia, salvo en la fachada mediterránea del Islam hispano, en la que un personaje singular consiguió mantener su independencia frente al nuevo poder venido de África, es decir ante los poderosos almohades a los que resistió largos años. Los palacios y construcciones realizados por Muhammad Ibn Mardanis, el llamado *Rey Lobo* de Murcia, nos ofrecen el ejemplo de la evolución del arte de los reinos de taifas del siglo XI; sus casas y palacios siguen disposiciones ya experimentadas en la cordobesa *Madinat al-Zahra* en el siglo X y desarrolladas en la centuria siguiente. Están organizados en torno a un patio con alberca o jardín, muchas veces con la disposición de crucero, es decir, con cuatro zonas ajardina-

das separadas por andenes dispuestos en forma de cruz, siguiendo los ejes del patio. La decoración, que mantiene la talla vigorosa de motivos vegetales, ataurique, fue realizada sobre yeso, al que se dotó, como decimos, de un fuerte relieve, contrastando así con la talla más plana y simplificada de las etapas subsiguientes.

Por lo tanto esta expresión artística, esencialmente murciana en lo geográfico, constituye sin duda un buen ejemplo de refinamiento y elegancia, que inmediatamente se verá desplazado por el arte más austero y simple que desarrollaron los profesionales andalusíes bajo la nueva dinastía. Sin embargo, el espíritu que anima a esta decoración mardanisí aún tendrá cierta continuidad, más o menos explícita, hasta volver a manifestarse en el arte nazarí un siglo más tarde, e incluso influyó en la arquitectura sevillana de la última década del siglo XII. También son de destacar las fortificaciones realizadas por Ibn Mardanis, en las que se aprecia un espíritu innovador manifestado por la austera disposición de las masas de sus extrañas torres, sobre todo las angulares, y de los paramentos de sus murallas, dotados de un valor plástico de enorme fuerza.

Bajo los almohades, la arquitectura se convierte en eficaz instrumento político de propaganda sistemática al servicio del poder del nuevo estado; las construcciones emprendidas por los califas, especialmente las grandes mezquitas, no tienen sólo un significado reli-



Murallas de Niebla.

gioso sino que sirven a un programa de manifestación y afirmación del poder, significado que se yuxtapone a otras expresiones con similar objetivo. El arte almohade está dotado de un estilo perfectamente definido y diferenciable, con normas compositivas y una sintaxis propia al servicio de una ideología y un concepto del poder, de manera que se puede hablar, a la manera clásica, de la existencia de un "orden", que pervivió en Andalucía hasta la llegada de las formas platearescas. Esta arquitectura adquiere un carácter austero, pero a la vez es más imponente, rítmico y poderoso que el de las épocas anteriores. Las mezquitas de pilares, menos diáfanas y gráciles que las de columnas, como fue y es la aljama de Córdoba, adquieren un aspecto de severidad y solidez que define una monumentalidad al servicio de las ideas de unidad religiosa y política. No obstante, con este estilo grandioso y



Mezquita de Córdoba.

austero que tiende a la simplificación y globalización de las formas, conviven elementos y temas ornamentales de tradición netamente andalusí que permitirán una nueva eclosión decorativa, como hemos adelantado, en las formas nazaríes. Los hallazgos arqueológicos más recientes prueban la permanencia de ideas y formas decorativas, pero sobre todo demuestran que el nuevo estilo, profundamente simplificador, permitió también una muy amplia difusión de la decoración

que alcanzó a casas y edificios no necesariamente lujosos, ni siquiera pertenecientes al entorno del poder o a clases sociales elevadas de la *umma*, la comunidad, andalusí y almohade.

Con la caída del imperio almohade el arte musulmán de al-Andalus entrará en su última etapa que aún será capaz de generar obras de gran belleza, refinamiento y vigor, como es bien patente en el caso de la Alhambra, constituyendo a la vez la síntesis y el colofón de un ciclo artístico que no dejará de seguir irradiando sus influencias en la cultura artística peninsular durante siglos.

Para describir sucintamente lo que sabemos de la arquitectura que desarrollaron los habitantes de al-Andalus bajo los imperios magrebíes de los almorávides y los almohades recurrimos al artificio de describir los lugares como etapas de tres itinerarios muy diferentes.

Un itinerario central, que recorre exclusivamente caminos andaluces relacionados con el Guadalquivir; otro, del Guadiana, que nos lleva a tierras portuguesas, y un tercero que, a falta de un gran río que la defina, asignamos al viejo Mediterráneo, pues en él se bañan las tierras del oriente de aquel al-Andalus crepuscular. Estos itinerarios son, en cierta manera, los que siguieron los africanos en la fase de conquista, empezando por el occidental de al-Andalus para finalizar en la zona oriental, donde la conquista y defensa de Valencia por el Cid Campeador mantuvo detenidos a los almorávides hasta los primeros años del siglo XII; por otra parte es sabido que Zaragoza se mantuvo escasos años en su poder y que los almohades ya no llegaron a dominar más que a la zona inmediata a Valencia tras la conquista del reino mardanisí.

Con estas premisas quedan definidas nuestros tres itinerarios. El primero y más denso de ellos, el del Guadalquivir, corresponde a un itinerario clásico dentro de la España musulmana, pues es la suma de los caminos que siguieron los ejércitos musulmanes para la conquista de la *Baetica* tras la derrota del rey Rodrigo; el segundo itinerario, el del Guadiana, que contiene los edificios menos investigados, describe un recorrido por sus dos orillas y prácticamente se cierra sobre sí mismo, pues Portugal adquiere relieve político y cultural en el Islam precisamente en esta época y en ello le acompañan los territorios extremeños y onubenses; el tercer y último itinerario, el del Mediterráneo, se ocupa de los monumentos de la

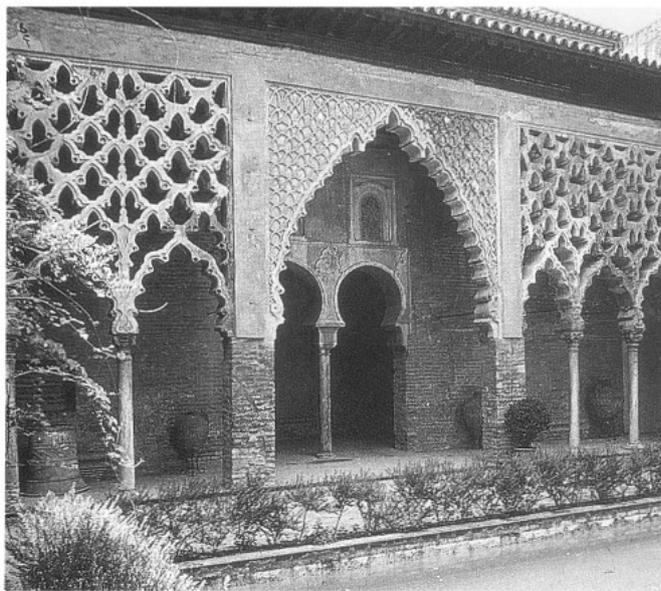
parte oriental de Andalucía, del Levante y también los últimos musulmanes independientes del actual Aragón; es, sin duda alguna, el itinerario que enlaza los edificios mejor investigados.

A la hora de reunir los datos para articular los itinerarios hemos recurrido a varias fuentes, dándole especial valor a las arqueológicas, pero no hemos desdeñado las que se desprenden de los textos, sobre todo porque éstos son fundamentales para el estudio de todo este período, sobre todo durante la etapa almohade, dada la significativa cantidad de noticias literarias procedentes de crónicas, viajes, documentos oficiales y memorias, mientras la epigrafía, por contra, apenas si ofrece datos. El número de datos distintos, aunque a veces referidos a un mismo edificio o ciudad, es muy alto, pues se acerca al centenar, y se trata de información sobre temas muy variados: la decisión de trazar o construir alguna ciudad o edificio, el sentido e intenciones políticas de tales decisiones, el desarrollo, control y detalles de los diversos trabajos, los administradores y profesionales que intervinieron, sus habilidades, jerarquía laboral e instrumentos y, finalmente, las circunstancias de su uso inmediato en momentos concretos. Se refieren los datos a unos sesenta edificios o ciudades distribuidos por España, Portugal, Marruecos, Argelia y Túnez; las noticias que se refieren a al-Andalus no sólo están mejor fechadas, sino que atañen a una cierta variedad de lugares, clientes, administradores y arquitectos, y describen circunstancias más precisas e individuales que las africanas; debemos destacar el hecho de que los edificios marroquíes se conservan relativamente mejor, pero están bastante peor datados que los andalusíes, cuya conservación, al menos en teoría, es más deficiente, aunque la mayor carencia que les aqueja es, sin duda alguna, la falta de investigación. Un dato más que refuerza el interés de las noticias andalusíes es que, en muchos casos, los edificios son identificables, y aunque muy transformados, las etapas que siguen a las obras almohades suelen ser un siglo o dos posteriores y perfectamente diferenciables de ellas.

Una última circunstancia que debemos reseñar es que, si bien la vinculación de la arquitectura hispanomusulmana con la oligarquía política y económica de la *jassa*, la aristocracia, andalusí fuese siempre una constante, lo cierto es que es ahora cuando tal vinculación se torna exclusiva, quizás porque el predominio de textos oficiales es casi absoluto.

LA RUTA DEL GUADALQUIVIR

Los almorávides desembarcaron en Algeciras, una de las plazas que, junto a Tarifa y Gibraltar, constituyen la llave del Estrecho por esta orilla europea, pero ningún resto aparente ha quedado de la que se llamó *al-Yazirat al-Hadra*, la isla verde, de época musulmana. Gibraltar fue la cabeza de playa de los almohades, que la construyeron, fortificaron y dotaron de ingenios, tales como un molino de viento para moler el grano. Conserva una gran torre, llamada Calahorra como tantas otras andalusíes, y que parece obra de época nazarí, aunque construida sin duda sobre una base de época almohade, pues domina las fortificaciones posteriores que defendían la plaza por el lado de tierra, en el punto de máxima ventaja topográfica; también se conserva parte de un interesante baño, localizado hoy



Patio del Yeso del Alcázar de Sevilla.

en la planta inferior del actual museo. Sin embargo, Tarifa, donde efectuó Tariq el primer desembarco en *Hispania*, conserva aún el castillo construido en época califal según atestigua la inscripción fundacional que en él se conserva.

La costa gaditana, desde Tarifa hasta la desembocadura del Guadalquivir, apenas si estaba habitada desde época romana, y aunque abundan las fortificaciones costeras y de interior, son éstas tan poco característi-

cas y mal conocidas que sólo podemos recomendar la visita, un tanto desviada al norte del camino que va por la orilla del mar, del castillo de Jimena de la Frontera, con unos grandes aljibes que se datan en época almohade por su notable parecido con obras sevillanas que veremos dentro de poco.

Este antiguo desierto costero, demasiado expuesto hasta el siglo XVII a todo género de desembarcos hostiles, comenzaba a estar habitado con cierta continuidad a partir de la actual localidad de San Fernando, donde merece la pena visitar el llamado castillo de San Romualdo, obra probable del final del mismo período andalusí que estamos analizando. Es de planta rectangular, con torres en sus ángulos y en la mitad de sus lienzos y con series de interesantes salas abovedadas que ocupan sus cuatro crujías dispuestas en torno a un patio. Destaca su torre del homenaje, con una sala interior cubierta por una bóveda octogonal de paños apoyadas en los ángulos por trompas angulares de aristas, solución que se repite como veremos hasta la saciedad en la arquitectura militar de la época. Es un edificio bien conservado y que seguramente dará interesantes datos si se investiga con rigor.

De camino hacia Sevilla, la gran metrópoli de Andalucía occidental, pasamos antes por Jerez de la Frontera, la antigua *Xaris*, ciudad en la que se conserva el alcázar de época almohade en cuyo interior hay una mezquita y un baño. Las fortificaciones de este alcázar y de la ciudad presentan las características de la arquitectura militar almohade con muros de tapial de fuerte argamasa y torres que poseen salas interiores cubiertas con bóvedas esquinadas, como la conservada en la calle Ancha, o con cúpulas del mismo tipo, apoyadas en un anillo ochavado de arcos, que es el caso del interior de la torre octogonal levantada en un ángulo del recinto alcazareño. También son muy característicos los dobles listeles que decoran las torres por el exterior, con lazos intercalados a veces.

La mezquita del Alcázar, objeto de obras de restauración en los años sesenta, es de planta cuadrada cubierta con bóveda de ocho paños, que en los ángulos de la sala se apoya sobre arcos cuadradales, todo ello realizado en ladrillo. El *mihrab*, a semejanza de los modelos andalusíes de la aljama de Córdoba, alcanza el tamaño de una pequeña habitación bastante autónoma, comunicada con la sala de oración por un sencillo arco de herradura con alfiz y dotada de cúpula.

La mezquita posee un pequeño patio o *sahn* y el correspondiente alminar. El *hammam*, baño, de este alcázar ofrece la disposición típica, con la sucesión de ambientes de temperatura creciente, ubicados en torno a una gran sala central.

La ciudad de Sevilla, como cualquiera de las de al-Andalus, poseía unas murallas de las que se conservan importantes tramos, especialmente en la zona de la Macarena; aunque algunos seudohistoriadores locales de amplio eco editorial aún siguen insistiendo en fecharlas como romanas, en realidad son musulmanas, pues en algún momento situado entre los años 1118 y 1134 tuvo lugar un hecho trascendental para la historia urbana de Sevilla, ya que el cadí almorávide Abu Bakr



Santa María la Real, Jerez de la Frontera

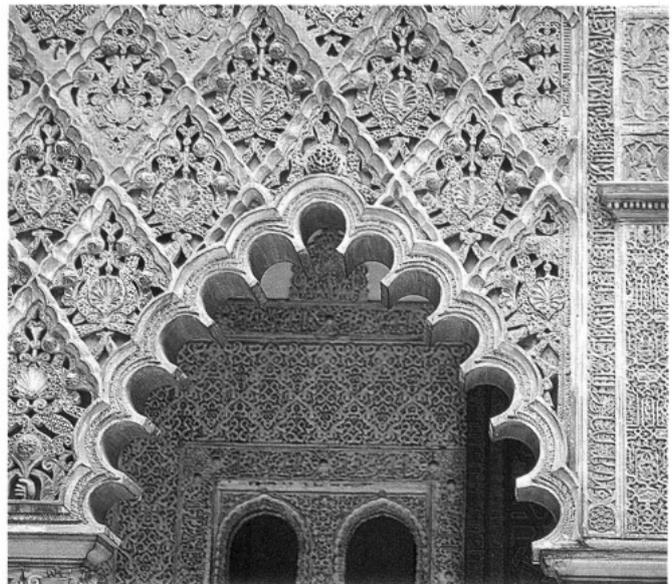
Ibn Arabi decidió construirlas, multiplicando de tal manera el recinto antiguo que no sólo han subsistido intactos hasta 1839 sus 7,18 kms. de muros de tapial, sino que, a fines del XVIII, la ciudad apenas si había desbordado sus 273 ha. De las restantes edificaciones de la época almorávide sólo se identifica como tal, sin razones muy convincentes para ello, la cúpula que existe en una casa de la acera de poniente del Patio de Banderas, concretamente en la casa que, por sus últimos inquilinos, se denomina "Toro-Buiza": la cúpula es una magnífica organización de delgadísimos nervios pareados que siguen una muy clásica traza califal.

Con la construcción de la gigantesca cerca murada se dio la posibilidad de replantear las funciones que estaban albergadas en edificios insuficientes del centro de la medina vieja, e incluso la de construir algunos para nuevas actividades, cosa muy lógica si se considera que, a partir de 1163, tras casi veinte años de tribulaciones, Sevilla se convirtió en la capital política y administrativa de al-Andalus, que estaba siendo reunificado por los almohades. Con ello la ciudad vio no solamente ampliadas, reforzadas y consolidadas sus murallas, y defendida Triana con un castillo, sino que los dos grandes califas de la dinastía la dotaron de una nueva aljama, restauraron la antigua, labraron nuevos alcázares y jardines dentro y fuera de la ciudad, hicieron el primer abastecimiento de agua desde época romana y muchas otras obras que atendían tanto a las necesidades del poder, como al inicio de la andadura de una gran urbe dejando patente su voluntad imperial, usando la arquitectura como uno de sus más eficaces instrumentos de propaganda del nuevo estado. Quizás lo más interesante, a nivel urbano, es que estas operaciones se plantearon de forma sistemática, dirigidas por profesionales de nombres, obras y cronologías conocidos y que, con desprecio casi absoluto de las preexistencias, transformaron una parte sustancial de la ciudad de forma radical, ya que se documentan unos cambios de cotas y alineaciones como no se conocía desde época romana, aunque para ello arrasaron, como las excavaciones demuestran, mucho de la ciudad musulmana que habían heredado.

Entre los profesionales anunciados cabe destacar a dos. El primero debe ser al-Hayy Yais, que era de Málaga, pues ya apareció en la década de 1157 a 1167, fabricando la famosa *maqsurá* de la mezquita Kutubiyya de Marraquech, para encargarse, en 1159, de planificar y construir Gibraltar, donde coincidió con el otro, Ahmad Ibn Baso; unos años más tarde, concretamente en 1172, se pierde su rastro en Sevilla, donde realizó el acueducto de la Buhayra y los llamados Caños de Carmona; de estas actividades deducimos que era un *arif al-muhandis*, jefe de los geómetras, de tal relieve profesional que se le encomendaron trabajos en una carta del califa, y que aparecerá, durante más de veinte años, comprometido con las principales obras de la dinastía, dentro de su especialidad de geómetra. A Ahmad Ibn Baso se le atribuye autoridad sobre todos los constructores de al-Andalus, y aunque

difícilmente pudiera haberla alcanzado a través de la alianza de los eventuales gremios urbanos, no hay duda que el califa se la reconoció u otorgó a lo largo de un cuarto de siglo. Su primera presencia documentada fue la indicada de Gibraltar, continuando sus trabajos en Córdoba y Sevilla, donde trabajó por última vez en 1184, concretamente en la construcción de la Giralda. No son éstos los únicos artífices, pues conocemos los nombres de media docena más, de época almorávide o almohade, de origen andalusí.

En cualquier caso podemos afirmar que el panorama que se nos ofrece es tan rico y variado como pudiera ser el coetáneo de la Europa cristiana y que tal riqueza de datos debe tener su origen en una situación



Yaserías de los Reales Alcázares, Sevilla.

profesional bastante compleja y articulada, que se nos muestra a través de unas titulaciones que no pueden ser casuales o simples denominaciones vacías.

Para seguir nuestro recorrido es preferible, ya que vamos a seguir en la ciudad de Sevilla, respetar ahora el orden cronológico, pues casi todo cuanto vamos a describir se concentra en el ámbito urbano que don Luis de Zapata ya en el siglo XVI llamaba *el mejor cahiz de tierra*. Los datos históricos que conocemos dependen del relato de un cualificado testigo coetáneo, Ibn Sahib al-Sala, que trata la construcción de la capital de manera muy detallada. Consta a través de él que en el año 1169

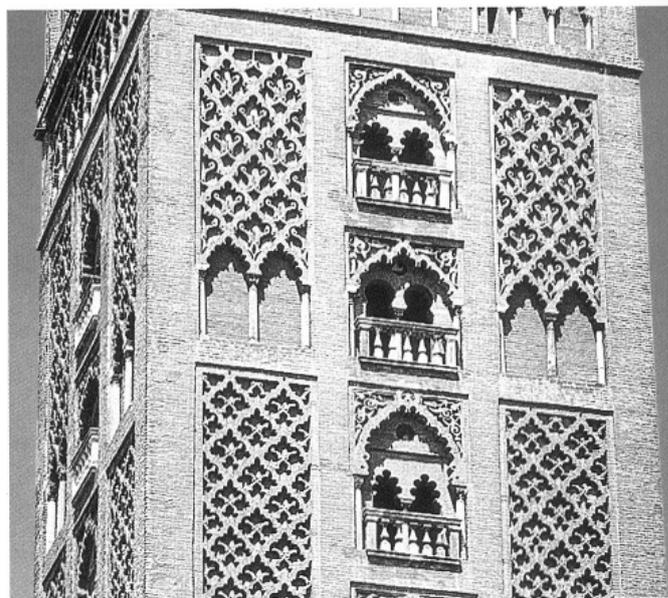
dio comienzo la gran operación urbanística de reforma del sector meridional de la ciudad, con la construcción de diversos recintos militares periféricos, ubicados todos ellos entre el límite sur de la ciudad prealmorávide, el trazado de la nueva muralla y el cauce del arroyo Tagarete. Tres años después Ahmad Ibn Baso, *príncipe de los alarifes*, tras la expropiación y nivelación de los terrenos necesarios a la entrada de la Alcazaba, trazó la aljama y comenzó las obras, que quedaron detenidas cuatro años después, cuando la sala de oración estaba casi completa. Una década después de su inicio, el califa obligó al uso de la inconclusa aljama y así se inauguró, sin que el alminar estuviera iniciado, ni pavimentada por completo, ni resuelto su entorno inmediato; quizá el *sahn*, el patio de abluciones, aunque no se menciona, estaba iniciado. Poco antes de su muerte, el califa decidió encerrar la sala de oración en un recinto amurallado y fabricar la torre en el ángulo surenoriental de aquélla. Las obras fueron iniciadas por el mismo Ahmad Ibn Baso, pero se detuvieron durante unos meses o semanas; tras este lapso continuó la obra de la torre, pero suavizando la primitiva idea de "militarizar" la Aljama. Poco después los trabajos volvieron a pararse, pues no se reanudaron hasta 1188, cuando se ordenó la continuación de las obras de la torre, bajo la dirección de Ali al-Gomari; también se reanudó la edificación del patio, se concluyeron las labores en la sala de oración y se comenzó a resolver el entorno. Finalmente, el 10 de marzo de 1198, finalizó la operación de forma muy simbólica, con la colocación de las bolas del *yamur* de la torre, labradas por el refugiado siciliano, Abu l-Layth.

Para describir el edificio partiremos del patio, como parte más segura, ya que se conserva en gran parte; sabemos que sus pilares dibujaron un rectángulo de 43,32 m. por 81,36 m.; los lados cortos eran sendas danzas de siete arcos gemelos, de herradura túmida doblados. El alero está constituido por una espesa batería de modillones en voladizo. Finalmente la galería concluye con cubierta de tejas a dos aguas limitada por líneas de merlones de gradas. Este orden se repite en todos los tramos que daban al patio, e incluso en las arquerías que subdividen las galerías cortas, generando un auténtico "orden" en el sentido más compositivo de este término arquitectónico.

Las galerías del patio eran tres: una sencilla y larga y dos duplicadas pero cortas, separadas por danzas de

arcos sobre pilares rectangulares; éstas continuaban hacia el interior de la sala de oración, para ser las extremas de las diecisiete naves. Sus pilares debieron ser idénticos a los que subsisten como separación de las naves de la galería occidental del patio, ya que ninguna de las noticias de época cristiana se refieren a columnas arrimadas o apilastradas, ni han aparecido restos de tal solución en las excavaciones. El exterior del patio es un simple muro almenado, ritmado por estribos que repiten, con ligerísimas incongruencias, la cadencia interna. Por lo que sabemos cada costado del patio poseyó tres puertas gemelas, más otra en el eje del lado mayor, llamada del Perdón.

La Giralda es la denominación actual del campanario de la Catedral, constituyendo dentro de ella una



Detalle de la Giralda de Sevilla.

entidad arquitectónica autónoma, destacable no sólo por su ubicación sino también por sus características formales, funcionales y simbólicas. La torre, cuya base cuadrada tiene 13,61 m. de lado y alcanza la respetable altura de 94,70 m., parece unitaria; sin embargo, es el resultado de la superposición de dos obras muy distantes en el tiempo y en los estilos, pero integradas visualmente gracias a los artificios compositivos del arquitecto cordobés Hernán Ruiz el Joven. La primera obra, la almohade que nos interesa ahora, coincide con el gigantesco paralelepípedo de ladrillo que forma

casi la mitad de la altura del edificio, y cuyas rampas permiten ascender pausadamente, admirando el paisaje urbano a través de sus bóforas, hasta llegar a un tramo final de escalera que es necesario subir para alcanzar la galería del campanario. Se observa, cada cinco tramos de rampa, la presencia, en la parte interior de la torre, de un arco de herradura con su puerta, que es el único acceso a una cámara abovedada; en total suman siete y se ignora qué función tuvieron en origen, aunque quizás fuese la misma de las de su hermana marrakusí, la Kutubiyya, es decir, ninguna. La galería del campanario está donde el almuédano llamaba a la oración, al pie de su cuerpo superior, que se conserva aunque transformado y recrecido. Lo más interesante de la torre sevillana, además de ser un notable esfuerzo constructivo que descansa sobre una cimentación escasísima, es que su decoración se pliega de forma muy inteligente a los dictados de sus ventanas, y éstas al trazado tiránico de la rampa, para dar un conjunto jugoso y sutil, prodigio de diseño y previsión compositiva.

El último elemento que las investigaciones han añadido al panorama de la gran aljama almohade ha sido su *midaa*, conjunto de construcciones y patios anexos, que se descubrió en los primeros días de octubre de 1994 y que está en proceso de publicación, no siendo posible su visita por haber sido enterrada de nuevo, como tributo a la aparente unidad actual del conjunto catedralicio.

Sevilla, además de cuanto llevamos visto, conserva un importante conjunto de edificios palatinos, arropados tras las murallas emirales del *Dar al-Imara*, la casa de gobierno, entre los que se integra la cúpula que se atribuye a la etapa almorávide y que mencionamos al comienzo de nuestra estancia en la ciudad; ninguna de estas casas de la aristocracia almohade se ha conservado por entero, pues lo más completo son sus patios. El más extraño de ellos es el llamado Patio del Yeso, en el núcleo de los Reales Alcázares, cuya frágil arquería debe ser prácticamente coetánea de la obra almohade de la Giralda; fue consolidada de una manera que podemos calificar de muy desafortunada en 1914, aunque tal obra haya gozado de muy buena prensa; por suerte hace unos años Rafael Manzano realizó la cuidadosa "reconstrucción científica" que en la actualidad podemos contemplar. El mismo arquitecto descubrió y restauró otro patio, que hoy forma parte de la sede de una Consejería, pero que en tiempos fue el núcleo

de la Casa de Contratación de las Indias; su cronología aparenta ser bastante compleja, datándose su fase musulmana final en el siglo XII, cuando, tal vez a punto de concluir la centuria, se pintaron sus andenes con frescos, fingiendo danzas de arcos y temas de *kaft wadaraj* con palmetas. Esta decoración, hasta con motivos muy parecidos, aparece en diversas casas sevillanas excavadas en los últimos años, muy similares a las almorávides y almohades de Marraquech.

A la vez que se construía la Giralda, en el año 1184, el califa almohade ordenó fabricar unas atarazanas en su capital andalusí, yuxtapuestas a la muralla y con el Arenal del río por delante; hoy día, transformadas en un hospital de ancianos y en unas obsoletas instalaciones militares. Se hallan en pie muchas de sus magníficas naves,



Vista del castillo de Alcalá de Guadaíra, Sevilla.

aunque una inscripción se las apunta a la cuenta de don Alfonso El Sabio; las forman danzas de arcos apuntados, de ladrillo, poderosísimos y duplicados, semienterrados por razón de su proximidad al Guadalquivir.

Ya que estamos a orillas del Río Grande será bueno que digamos algo de las más hermosa torre militar de la Península, la que se llama Torre del Oro desde época musulmana; consta que en el año 1221 se levantó esta torre albarrana, anclada en la misma orilla del Guadalquivir para cerrar el Arenal con una cadena anclada en Triana, y que hoy, recrecida con

una airosa cupulilla dieciochesca, está algo alejada de la orilla y funciona como museo naval.

Sevilla cuenta además con un corto número de edificios de baños, o mejor dicho, de fragmentos de baños musulmanes; el mejor estudiado es el llamado de la Reina Mora, que dio nombre a una calle del barrio de San Vicente antes de convertirse en convento; fue descubierto en 1972 y permite fechar la traza del citado barrio en los años del dominio almohade; los otros dos son hoy sendos restaurantes situados a levante de la Giralda: el bar del mismo nombre, airoso pero muy transformado, y el restaurante Mesón del Moro, algo más aparente pero igualmente mutilado. Cabe poner ambos edificios en conexión con los ritos previos a la oración del viernes en la cercana aljama.

De Sevilla salimos hacia levante, camino de Alcalá de Guadaíra, donde existen otras fortalezas almohades en torno a la capital para defenderla; lo que hoy podemos ver de ella es en realidad la extensa alcazaba que, aunque con numerosas reformas, mandó construir el califa almohade en el año 1173, y a la que se adjuntaron, más adelante, los muros de la ciudad propiamente dicha, cuya aljama debió ubicarse donde hoy está la ermita de Santa María del Aguila, en lo más alto de la alcazaba. La datación citada está fundada en el siguiente texto de Ibn Idhari: “Este año, el primero del mes de safar -11 Septiembre del 1173- salió el Califa Abu Yaqub, de Sevilla, con su ejército y acampó en el castillo de Alcalá, que estaba arrasado y en ruinas desde el emirato de Abd Allah Ibn Muhammad, *el Omeya*, que lo arrasó a causa del levantamiento de Ibn Hayyay contra él en ese castillo, desde el cual se apoderó de Sevilla y Carmona. Mandó el Califa Abu Yaqub reconstruirlo y poblarlo, mirando por el bien del llano de Sevilla, que se benefició con su reconstrucción y repoblación”. Un poco más al norte, en la misma línea de los Alcores, aparece Carmona, en cuya Puerta de Sevilla los almohades dejaron un primoroso matacán con merlones de gradas y otras disposiciones muy cuidadas, como la Torre del Oro, ocupando el sitio de una poterna romana.

Camino de Córdoba, en un recodo del Genil, Écija nos muestra una cerca de tapial de lo más característico, con baterías de torres albarranas de tapial y ladrillo. En la antigua capital omeya poco queda de lo que hicieron almorávides y almohades como declara el siguiente texto almohade: “Se instalaron los dos Sayyides y el jeque Abu Yaqub en Córdoba y manda-

ron construir sus palacios y demás edificios y fortificar sus fronteras, y trajeron albañiles, arquitectos y obreros para la edificación de los palacios y las casas de sus barrios para volverlas a levantar. Se construyó y se mejoró su estado. Se encargó de ello el arquitecto Ahmad Ibn Baso, quien reparó allí todo lo derruido, y los habitantes se trasladaron en el más breve tiempo”, pero tal esfuerzo no fue eficaz, ya que se vieron obligados a trasladar la capitalidad a Sevilla.

Quizas lo más llamativo sea la Albolafia, que es un conjunto en el que se suman iniciativas muy diversas, pues el edificio actual es el resultado de la superposición, sobre la base de un importante molino de río de época califal, de unas superestructuras seguramente almohades, de uso desconocido, y la reconstrucción, que hizo Félix Hernández, de la rueda hidráulica almorávide. Quizás las estructuras almohades sean de las que dijo Ibn Said: “Uno de los palacios que estaban fuera de Córdoba era el de Sayyid Abu Yahya Ibn Abi Yaqub Ibn Abd al-Muminin, que estaba sobre el lomo del Guadalquivir sostenido sobre arcos. Preguntaron al Sayyid: ¿Cómo te has esmerado en construir este palacio dada tu antipatía hacia los cordobeses? Y contestó: Sé que ellos no recordarán a un gobernador destituido como yo, ¿por qué siguen en sus mentes los omeyas? Me gustaría dejar una huella en este país que hiciese que me recordasen a pesar de ello”.



Molino de la Albolafia, Córdoba.

A partir de Córdoba nuestro recorrido por el Guadalquivir de los monumentos almorávides y almohades sólo encuentra fortificaciones como ejemplos de estas etapas; éste es el caso de los castillos jienenses, tales como una parte del de Santa Catalina, en la propia capital del Santo Reino, y sobre todo en la alcazaba de Alcála la Real, que jugó un papel de primer orden en las guerras que cristianos, almorávides, andalusíes, almohades y granadinos protagonizaron sin solución de continuidad desde fines del siglo XI hasta el siglo XV, gracias a la potencia de su Alcazaba, cuya fecha traemos convencionalmente al final del XIII, cuando el poder de los almohades era sólo un recuerdo.

LA RUTA DEL GUADIANA

Aunque la anexión de al-Andalus al imperio almohade creado por Abd al-Mumin sobre la predicación beligerante del *mahdi* Ibn Tumart, se inició en el verano de 1147 con la posesión de los puertos del Estrecho, debemos reconocer que a esta fecha se adelantó la formulación religiosa, militar y política de otro *mahdi*, el portugués que se llamó Ibn Qasi, con lo que de forma muy temprana comienza una etapa de la historia medieval peninsular en la que los actuales territorios de Portugal tuvieron un papel muy relevante.

En esta región, y en general en todo el territorio que abarcan los tres itinerarios que proponemos, se da un fenómeno que conviene señalar, por lo que afecta a la cronología de muchos edificios. Al-Andalus, durante los años que van de 1147 a 1228, sufrió continuas algaras cristianas, y que tales acciones, además de sistemáticas y duraderas, alcanzaron a todo su territorio, incluida la propia capital, durante los cincuenta años, de 1160 a 1212, en que los almohades poseyeron un imperio aparentemente victorioso. Tal incertidumbre militar no era una desgraciada novedad para los andalusíes, pues desde antes de la conquista de Toledo, a fines del siglo XI, los cristianos se habían presentado con cierta regularidad ante los muros de sus medinas en son de guerra. Esta situación implicó que las fortificaciones taifales, almorávides y almohades debieron de estar siempre a punto, y que las alternativas de dominio debieron ser fluidísimas, con la consiguiente dificultad de definir, a partir de la arqueología, los horizontes cronológicos de cada fortificación, pues

desde un punto de vista material los cambios son mínimos hasta la llegada masiva de las armas de fuego en forma de artillería de sitio. Así pues, muchas de las dataciones que ofrecíamos en los tres itinerarios de este al-Andalus imperial deben tomarse con precauciones, salvo los escasos ejemplos bien datados, como el ya descrito de Sevilla.

En el Algarbe, *al-Gharb al-Andalus*, el Poniente de al-Andalus, como corresponde a uno de los *finis terrae* del mundo musulmán, se presentó al final del período almorávide una situación de ebullición mística que dio varios personajes interesantes, ninguno como Abu l-Qasim Ahmad Ibn al-Husayn Ibn Qasi, *almojarife* de Silves que, además de escribir libros de mística, entre ellos uno llamado *El Descalzamiento*, dotó de su propio pecunio una rábida en las afueras de su ciudad, en la que pronto reunió un grupo de novicios con los



Vista de Mértola.

que, al poco, se levantó contra los debilitados almorávides; así el 14 de agosto del año 1144 se apoderó de la ciudad de Mértola, y desde allí ejerció un dominio de la comarca que adelantó el gobierno almohade, aunque más adelante lo traicionara y frenara su progresión hasta sucumbir en el año 1158.

Además de lo que pueda reconocerse de esta época en los muy reformados muros de la alcazaba y la *medina* de Silves, lo más interesante y específico son los restos de Mértola; su vieja alcazaba, que domina el Guadiana, contiene los restos recientemente excavados de varias casas de la época, con la disposición tipi-

ca de las andalusíes: un patio central con habitaciones alrededor, de las que una, por ser mayor, hacía a la vez el papel de sala de estar, recepción y dormitorio. La cocina, en una habitación bastante menor, y la minúscula letrina, constituyen otros de los elementos siempre presentes en estas viviendas, pequeñísimas por lo general pero muy válidas en su concepto.

La iglesia de Nossa Senhora da Anunciação, situada al pie del castillo pero bien protegida por los muros de la *medina*, cuyo trazado parece ser romano en parte, no es sino una mezquita de época almohade que conserva su disposición primitiva y restos de su *mihrab*. Tiene planta de trapecio casi cuadrado, con cinco naves de cuatro tramos, más ancha la nave central y más ancho el tramo inmediato al *mihrab*, que forma una disposición en "T" típica de las mezquitas almohades. Como diferencia, en lugar de pilares de ladrillo, presenta columnas de piedra reaprovechadas que hoy sostienen bóvedas góticas de crucería, construidas obviamente al convertirse la mezquita en iglesia. Conserva parte del *mihrab* con una decoración muy semejante a la que se añadió al de la mezquita mayor de Almería. Es posible que lo que queda del *mihrab* sea la mitad de uno formado por un espacio octogonal casi autónomo, como suele ser habitual en las mezquitas del occidente, que quedó cercenado en la reforma cristiana. Igualmente en el de Jerez nos encontramos estas características.

En el paisaje del Alentejo portugués las ciudades aún muestran expresivos restos de sus fortificaciones, pero las que podemos contemplar en nuestra ruta, ya sea en Beja, en Évora o en Elvas, a causa de las intensas reformas cristianas posteriores y la carencia de investigaciones modernas, difícilmente pueden ser datadas con seguridad en el período que nos interesa o en cualquier otro de la Edad Media; concretamente las fortificaciones de Beja tienen su justificación documental en un texto que se fecha entre noviembre 1174 y marzo de 1175: "Le hicieron en seguida una puerta a la alcazaba, por el lado de la ciudad y construyeron la puerta del lado de la llanura y se aposentaron en la citada alcazaba [...] Una vez terminada la muralla de la alcazaba, se empezó a reconstruir el muro de la ciudad, a pesar de su grandeza y de su ruina".

Para finalizar nuestro recorrido portugués señalemos que la falta de investigación es también patente

por lo que concierne al edificio que se identifica como la segunda mezquita existente en Portugal, después de la de Mértola pues se ha clasificado como tal, por razones exclusivamente formales poco convincentes, y sin tener en cuenta la peculiar orientación de las mezquitas hispanas, la Sé-Catedral de la ciudad lusitana de Egítania, hoy Idanha-a-Velha.

Aunque el norte de Extremadura son tierras del Tajo, y no del Guadiana como define este itinerario, bueno será recordar que Cáceres conserva una gran parte de su perímetro de murallas y que en su mayor parte fueron rehechas en época almohade sobre estructuras anteriores romanas. Destacan de este recinto la torres llamadas albarranas, separadas de la propia muralla y enlazadas con ésta mediante lienzos perpen-



Aljibe de Cáceres.

diculares o puentes sobre arcos. Su construcción se debe, al mismo califa almohade que realizó las de Badajoz, como veremos a continuación, y constituyen uno de los elementos característicos también de las fortificaciones portuguesas que acabamos de reseñar.

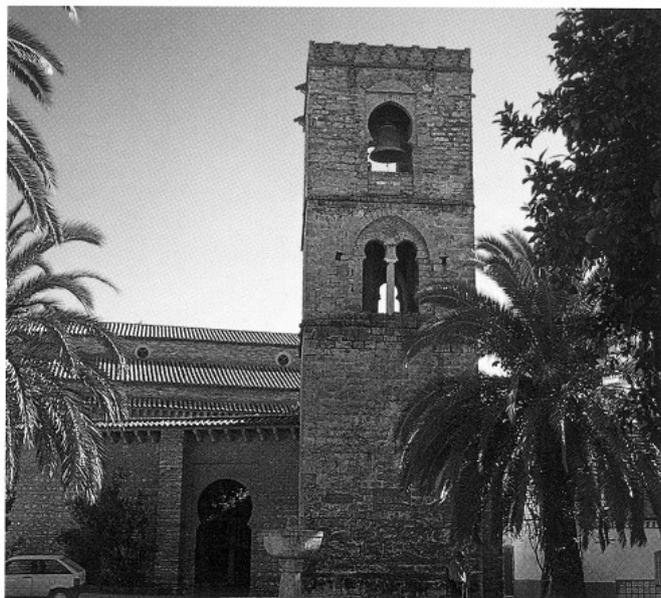
No faltan, rodeando la capital cacereña, numerosas e importantes fortificaciones medievales que, como las lusas, deben tener su origen en estos años, aunque la falta de excavaciones arqueológicas sólo nos permite datar como musulmanas, por razones tipológicas, la del Portezuelo y algunas más de los que fueron territorios

de la órdenes militares. No es éste el caso de la alcazaba de Badajoz, que todavía ocupa un emplazamiento elevado y privilegiado sobre el río Guadiana, justo donde éste abandona España para entrar en Portugal. La alcazaba, como recinto destinado a albergar a las gentes que constituían el soporte de los gobernantes y sobre todo a la tropa, dominaba el resto de la ciudad, de la cual se hallaba igualmente separada, o unida según se mire, por medio de murallas. Destaca en esta fortaleza la puerta en recodo llamada del Capitel, por contener un hermoso ejemplar romano, procedente de una pilastra, colocado sobre el arco de entrada como elemento puramente decorativo; las puertas principales del recinto tienen también disposición en recodo, organización sistemáticamente utilizada en los accesos de las fortificaciones almohades, aun cuando se empleen ya en épocas anteriores. La llamada torre de Espantaperros es una albarrana de planta octogonal separada de la muralla; su interior es macizo en la parte baja y con dos pisos en la parte superior dispuestos con una pequeña cámara central cuadrada y un espacio alrededor cubierto con bóvedas de arista y triangulares. En la terraza sobresale un cuerpo central a modo de linterna que serviría para dar cobijo al centinela y que recuerda la disposición de la Torre del Oro de Sevilla. Las empresas arquitectónicas que acabamos de describir someramente están fechadas, según el siguiente texto de Ibn Sahib al-Sala, en el reinado de Abu Yaqub, entre el 16 de mayo de 1163 y el 30 de julio de 1184: [...] “El fue el que defendió Badajoz de los infieles, y construyó en ella su alcazaba elevada y fuerte, y condujo a ella el agua del río [...] Le mandó el poder excelso excavar un pozo, dentro de la alcazaba de la ciudad de Badajoz, al cual condujese el agua del río, previniéndole para lo que se temía de ataques y asedios. Fue a ella con una tropa famosa y numerosa de almohades y de soldados andalusíes, y se instaló en ella y consoló a sus habitantes de su tristeza anterior y la tranquilizó, y se esforzó en excavar el pozo con mineros y trabajadores para ello, y es el conocido entre el pueblo por la Kuraya, condujo el agua a él, y se fortificó la alcazaba y se confirmaron en ella las almas y la seguridad”.

También existen restos importantes de fortificaciones de época almohade en los castillos pacenses de Reina y Montemolín, en el camino de Sevilla a Badajoz, que se conquistaron en época del rey Fernando el Santo, y que pronto se integraron en los

territorios de la orden de Santiago, a los que pertenecieron también los de Alange, Hornachos, Montánchez, Azuaga, Jerez de los Caballeros y Segura de León, musulmanes pero muy transformados y nada investigados, al igual que los de Bienquerencia y Magacela, de la orden de Alcántara. Aunque realmente suponga un desvío importante dentro de este itinerario merece la pena, antes de volver a Andalucía, visitar en el territorio manchego de otra orden militar el imponente recinto amurallado, en plena excavación, de Calatrava la Vieja, donde los almohades realizaron obras militares de mucha calidad y rigor, aunque más le aprovecharon a los calatravos que a ellos, en plena retirada.

Caminando hacia el mar, quizás por las mismas rutas que emplearon los refugiados musulmanes



Santa María de la Granada, Niebla.

extremeños al retirarse hacia Sevilla, y tras admirar los paisajes de la sierra onubense, donde los restos islámicos son muy antiguos, como hace patente la vieja mezquita, luego iglesia del castillo, de Almonaster la Real, encontramos a orillas del río Tinto la ciudad de Niebla, con su imponente recinto amurallado. Niebla, que se llamó *Ilipla* en época romana, fue con el nombre de *Elepla* la sede de un obispado y luego en el siglo XI la cabecera del reino musulmán de *Labla*, una de las pocas ciudades andalusíes que ha conservado su recinto murado virtualmente intacto y, lo que

aún es más raro datado en la misma época bajo dominio almorávide, hacia el año 1130; su fábrica es un estupendo tapial labrado con la tierra colorada de las orillas del río, motivo por el cual las crónicas musulmanas llamaron a la ciudad *al-Hamra*, la Roja.

Hoy día su recinto murado cubre una extensión de 16 hectáreas con un perímetro próximo a los 2 kms. de longitud en el que se reparten medio centenar de torres rectangulares, salvo las dos de los ángulos del frente de levante, que eran octogonales. Cinco de ellas albergan otras tantas puertas que reciben los nombres siguientes: del Socorro, del Buey Vieja, del Agua, del Embarcadero y de Sevilla. Todas eran del tipo de ingreso en recodo y se labraron en sillería con algunos rellenos de tapial, al contrario que los lienzos



Almonaster la Real.

de muro, en los que el tapial rojo tiene predominio absoluto. Para sellar las juntas entre los cajones de tierra apisonada se les colocaron unos encintados de cal que dieron a la muralla el aspecto de estar hecha con grandes piedras rectangulares; quizás en un primer momento las torres no llevaban en su parte superior más que una azotea al nivel del paseo de ronda; más adelante, todavía bajo dominio musulmán, parece que se construyeron cámaras abovedadas a algunas de ellas.

De los edificios islámicos de *Labla* se conserva parte de su aljama, pues se identifican como musulmanes los muros exteriores de la parroquia de Santa María de la

Granada, en la que se ha excavado la planta del *mihrab*, a su derecha el hueco para guardar el almimbar, y los arranques de los arcos de las naves, que dibujan cinco naves originales y una sexta añadida en la época que estamos estudiando.

Todos y cada uno de los edificios que componen los tres itinerarios en la Península Ibérica plantean problemas al investigador, pues de muchos de ellos no poseemos suficientes documentos que permitan precisar su historia y bastantes de ellos nos plantean problemas de estilo o datación. Pese a estas dificultades, son dudas de menor cuantía ya que el análisis de sus formas nos permite ubicarlos en el tiempo y en las corrientes artísticas y nos remiten a sus funciones originales. Sin embargo, la iglesia de San Bartolomé, en Villalba del Alcor, al este de Niebla, plantea de pronto todos los problemas. Es evidente que el edificio actual parece por fuera un castillo, pero no lo es menos que se trata de una iglesia en uso, cuya organización es tan extraña que sólo la función cultural que hoy desarrolla, amén de varios aditamentos modernos, nos sugieren la posibilidad de que fuese templo cristiano en origen, y por lo tanto posterior a la toma de Sevilla en 1248 y anterior a la de Niebla en 1262; pudiera haber sido mezquita, pero también de un tipo formal de lo más anómalo. Por otra parte su repertorio formal es de procedencia islámica, almohade, pero hay datos para sospechar que algunas de sus formas se fabricaron tres siglos después de que el último musulmán saliera de la comarca. En fin, si hay en toda la provincia de Huelva un edificio medieval, al menos de este calificativo sí estamos seguros, que presente serios problemas artísticos e históricos, es precisamente éste, aunque, después de tanta restauración, y al revés de lo que dijimos cuando mencionamos otro edificio similar, el castillo gaditano de San Romulado, esta iglesia poco tiene ya que investigar.

Como el castillo propiamente dicho no muestra rasgos formales que permitan una datación absoluta, su fecha originaria y básica debe establecerse en función de las que se den en fases siguientes, de las que la más antigua es la que corresponde a la nave principal, que parece coetánea del castillo. Sus robustos y bajos arcos, sus bóvedas de aristas y los arquillos ciegos que aparecen hacia el lado norte parecen obra almohade, dentro del último cuarto del siglo XII. Su paralelo más próximo está en las Atarazanas de Sevilla y por ello supone-

mos que este castillo albergó un almacén de pertrechos militares o un alfolí. Cuando este territorio fue repoblado por los cristianos, el edificio continuaría su función militar y probablemente se habilitó como capilla la nave principal. La total cristianización del último tercio del siglo XIII y el crecimiento demográfico que registró esta tierra en los últimos años del XIV obligaría a la ampliación de la zona dedicada a usos religiosos.

Entre Villalba del Alcor y el río Guadalquivir sólo median unos kilómetros de suaves y fércas tierras de labor, viñas y olivares que constituyen la meseta del Aljarafe. Antes de llegar a él debemos pasar el río Guadiamar, en el que se miran dos medinas que conservan murallas muy parecidas: Tejada, la islámica *Talyata*, que hoy es una de las ciudades yermas de Huelva, y Sanlúcar la Mayor, ya en la provincia de Sevilla, que era una de las llaves militares de la comarca; en ésta, junto a las murallas de tapia de la Cárcava, aún existe una mezquita transformada en iglesia de San Pedro, de la que sólo el alminar y el contorno del patio dan noticia cierta de formas antiguas, probablemente almohades.

Adentrándonos en la meseta aljarafeña hallamos el más hermoso de los alminares rurales del reino de Sevilla, como es la torre que funciona como campanario de la ermita de la Virgen de Cuatrovitae, cerca de Bollullos de la Mitación. Su torre, algo separada del templo como corresponde a la disposición islámica, preside el conjunto del patio y la ermita, que es una mezquita de tres naves intacta a la que sólo falta el *mihrab*; desde la terracilla de la torre, cuyas cuatro fachadas tienen desarrollos diferentes en función de su escalera, se contemplan las menguadas ruinas de la población almohade de la que era la aljama.

El frente oriental del Aljarafe es una cornisa en la que San Juan de Aznalfarache constituía, hasta hace bien poco, un enclave militar privilegiado; las murallas de su Barrio Alto son los únicos restos de la fortaleza que en el año 1194 el califa almohade decidió construir "para alojar a los campeones de la Guerra Santa y poner pavor en las almas de los infieles". La fortaleza debió cumplir su misión adecuadamente, pues hace casi setecientos cincuenta años defendió eficazmente el río y el frente oriental del Aljarafe cuando el rey Fernando consiguió que *Ishbiliya* se transformase en Sevilla. No hace falta indicar que la devoción al Corazón de Jesús ha convertido el lugar en el Praeneste local, como años

antes le había pasado al Monteagudo mardanisí, según veremos. Aquí, a la vista de Sevilla, finaliza nuestro segundo itinerario, pues hemos de iniciar el tercero tras volar imaginariamente hasta Málaga.

LA RUTA DEL MEDITERRÁNEO

El itinerario que conduce hacia el Levante andalusí, *Sharq al-Andalus*, nos lleva en primer lugar a tierras malagueñas, pues interesa ver en la comarca de la Axarquía y en las sierras algunas localidades que empezaron su desarrollo en estos momentos de los imperios africanos; la más interesante, por la belleza de su alminar, es Archez. En la accidentada silueta de esta pequeña población domina el campanario de la parroquia de



Alminar de San Sebastián, Ronda.

la Encarnación. Es éste, sin duda alguna, el más primoroso y bien conservado de los alminares de la Axarquía malagueña, que aún exhibe su decoración de pinturas al fresco en los rombos de sus paños de ladrillo. Más al interior, en la enriscada Ronda, debemos recordar, entre otros edificios musulmanes, los baños del Arrabal Viejo, ubicados en un barrio periférico cuya urbanización es anterior a la incorporación a los dominios cristianos y muy probablemente almohade, ya que estas poblaciones crecieron muchísimo por las aportaciones de refugiados de toda la zona que los cristianos tomaron al comienzo del siglo

XII; aquí admiramos un importante *hammam*, bien conocido de antiguo y restaurado desde los años cincuenta del presente siglo.

Hacia el este se encuentra la ciudad de Antequera, cuya alcazaba reúne multitud de obras de épocas muy diferentes, habida cuenta de su estratégica situación militar a partir de la invasión cristiana del valle del Guadalquivir; en lo esencial parece tener origen en un trazado de los siglos XII o XIII, cuando participó activamente en las luchas internas de al-Andalus.

Granada fue capital de los dominios almorávides de al-Andalus y como tal debemos reseñar con detenimiento. La ciudad debió conocer en este período un notable crecimiento, iniciándose su extensión por los arrabales de *al-Bayyazin*, Albayzín alto, *al-Ramla*,



Arco de los Gigantes, Antequera.

Puerta Real y calle Mesones, y *al-Fajjarin*, Realejo. De época almohade hay diversas construcciones, aunque hoy aparecen transformadas por obras posteriores.

Fuera de la ciudad, pero muy cerca de sus murallas, conocemos por las crónicas la noticia de la construcción de un palacio conocido hoy día como Alcázar Genil, mandado edificar por el gobernador almohade al-Sayyid Ishaq a comienzos del siglo XIII aunque el edificio debió renovarse en tiempos del sultán nazarí Yusuf I, a mediados del siglo XIV. Este singular monumento, recientemente restaurado aunque manteniendo

algunos de los añadidos poco afortunados que se le adosaron en otra restauración del siglo pasado, responde al modelo de *qubba* o pabellón cerrado con techo no plano, en este caso de madera, situado en medio de un jardín y del que en Granada queda otro magnífico ejemplo en el Cuarto Real de Santo Domingo. Delante de la *qubba* había un gran estanque que servía incluso para la realización de juegos navales. El Alcázar Genil, como su nombre indica, se encuentra situado cerca del río, y junto al actual Camino de Ronda, aunque sus otrora frondosos jardines se han transformado hoy en una densificada barriada que tiene como eje el citado Camino, y cuya arquitectura no sólo es muy poco afortunada, sino que a duras penas ha dejado un espacio ajardinado frente al edificio que estamos comentando. La *qubba* primitiva, de la que desconocemos si tuvo pórtico, pues el actual, lleno de anacronismos, es moderno, consta de una sala cuadrada decorada con finas yeserías del siglo XIV y coronada por un friso de mocárabes sobre los que apoya un techo de armadura de madera de cuatro paños inclinados y almirote horizontal. A ambos lados se abren dos alcobas con huecos geminados de paso.

Junto a este delicioso edificio se encuentra un antiguo morabito hoy dedicado a ermita consagrada a San Sebastián. Es de planta cuadrada con puerta de ingreso de arco de herradura apuntado dentro de un alfiz. Interiormente lo más destacable es su cúpula hemisférica con nervaduras que forman en el centro una estrella, en la más pura tradición de las bóvedas de arcos entrecruzados andalusíes que tienen su primer exponente en las bóvedas de la ampliación de al-Hakam de la mezquita de Córdoba. La misma crónica que atribuye la construcción del Alcázar Genil al almohade al-Sayyid Ishaq menciona la construcción de esta rábita.

También atribuible al final de la época almohade y desde luego perteneciente a su estilo, es el alminar, actualmente campanario de la iglesia de San Juan de los Reyes, situada en el barrio del Albayzín. Perteneció a la mezquita llamada de los Conversos y lo podemos contemplar por la parte posterior de la iglesia actual subiéndolo desde la calle de San Juan de los Reyes. La decoración que presentan sus fachadas, formada por ladrillos en relieve recubiertos de enlucido, la constituye una ventana geminada continuada en paño de rombos dentro de un recuadro, y un friso

superior con decoración de lazo de estrellas de ocho. El antiguo alminar se recreó con un cuerpo de campanario fácilmente identificable. En el interior, la torre presenta rampa de subida en lugar de escalera al igual que la Giralda de Sevilla. Durante el período que nos ocupa, la Alhambra no era más que un castillo que dominaba la ciudad desde un punto estratégico al otro lado del río Darro y cuya posesión fue objeto de intensas luchas entre los partidarios de almorávides y almohades.

Almería, a orillas del mar, conserva del período almohade la decoración del *mihrab* de su mezquita mayor, convertida hoy en la iglesia de San Juan el Nuevo. Al final del período almorávide los castellanos se apoderaron de Almería y la retuvieron durante varios años hasta que fue reconquistada por los almohades. Es más que probable que en este momento se procediera a reparar y redecorar la mezquita, cuyos restos presentan aparejos y decoración atribuibles al siglo X. El antiguo *mihrab*, formado por un espacio octogonal comunicado con la sala de oración por un arco de herradura como en la mezquita de Córdoba, fue recubierto por una decoración en yeso con arcos lobulados y de hojas del más puro estilo almohade. Su disposición así como el aparejo del muro de la *qibla* pueden contemplarse en el lateral derecho de la nave actual de la iglesia.

En la provincia de Almería merece destacarse, entre otras, la localidad de Berja, en cuyo barrio de Benejé existen unos interesantes baños; este pequeño *hammam*, probablemente del siglo XIII, está enclavado en lo que hoy es una aldea, y nos demuestra la profundidad de la islamización rural, pues confirma que hasta en los lugares más pequeños la pureza ritual de la oración del viernes y la higiene general de la población estaban garantizadas.

Seguimos nuestra peregrinación hacia el norte de Almería, pues Murcia y todo el Levante conservan los vestigios más interesantes de la arquitectura de transición post-almorávide e incluso post-almohade. Región rica y de gran empuje comercial e industrial, en ella se constituye un reino de taifa que hizo frente vigorosamente a los almohades. Con Muhammad Ibn Mardanis se desarrolla una intensa labor edilicia que afecta fundamentalmente a Murcia, capital del estado mardanisí, y a sus alrededores, en donde podemos contemplar un buen número de construcciones tanto residenciales como militares.

En la propia Murcia, en el actual convento de Santa Clara, y en las excavaciones realizadas en 1985 dentro de los restos de otro palacio posterior, apareció la estructura central de un gran patio o jardín de crucero que ha podido ser identificado como la *Dar al-Sugra*, palacio construido por Ibn Mardanis como segunda residencia áulica de la ciudad además del Alcázar Mayor situado junto al río y la mezquita. Poco es lo que queda visible de este palacio, ya que sólo se ven los cimientos de un pabellón construido en la intersección de dos andenes que acompañaban a canales o acequias dispuestas en planta de cruz. Estos andenes dejaban cuatro arriates o zonas ajardinadas. Todo esto debía formar parte de un gran patio del alcázar. Pero lo más interesante aún si cabe son los



Alcazaba, Almería.

restos de decoración aparecidos que permiten suponer la existencia de una cúpula de mocárabes bellamente pintada con figuras de personajes, músicos y elementos vegetales. Este palacio debió ser completamente destruido tras la conquista almohade, pues sobre sus ruinas se construyó uno nuevo, de proporciones más modestas, cuya disposición aún puede apreciarse por haber servido como elemento ordenador del convento de Santa Clara, fundado tras la conquista cristiana de la ciudad. Este segundo palacio, con la disposición típica de dos salas alargadas con pórticos dispuestos en

los extremos menores de un patio rectangular, es, sin duda, obra del régulo Ibn Hud al-Mutawakil, personaje que llegó a dominar por un breve período todo el territorio que restaba de al-Andalus tras el derrumbamiento del imperio almohade. El estilo de la decoración de este palacio constituye el paso intermedio entre el arte almohade y el nazarí, muchos de cuyos recursos aparecen ya esbozados o en pleno desarrollo en este palacio murciano.

Pero es en las inmediaciones de la ciudad, en las zonas limítrofes de su fértil vega, en donde encontramos las más interesante y originales obras acometidas por Ibn Mardanis. El conjunto más significativo se halla a algo más de cuatro kilómetros al norte de Murcia. Sobre un alto y escarpado cerro se alzan los restos de una poderosa fortaleza que recibe el nombre de Castillo de Monteagudo. Su estampa más imponente se nos presenta por su lado septentrional, en donde las laderas del cerro presentan menor pendiente. Gruesas y macizas torres dispuestas a intervalos menores que su propio ancho nos brindan una imagen de poderosa plástica y de marcial robustez. Destaca en esta organización la disposición de dobles torres en los ángulos, una por cada frente en lugar de una única torre de esquina. Esta anómala forma de resolver los cambios de dirección de las murallas aparece como motivo caracterizador de todas las construcciones militares atribuibles a Ibn Mardanis y que más adelante describiremos. La fortaleza, que cuenta con grandes aljibes y depósitos y que se surtía de agua mediante una noria que la hacía ascender casi cien metros desde una de las acequias que irrigan la vega, contó también al parecer con un sector residencial a juzgar por los ricos restos decorativos aparecidos en su interior.

Tan imponente fortaleza servía no sólo para la protección de la ciudad y su huerta, sino de un conjunto de construcciones y estructuras que se extienden sobre un cerro inmediato y una amplia extensión de la vega en las cercanías de ambas montañas. De todas ellas destaca el conocido como Castillejo de Monteagudo, edificio de aspecto castrense por la disposición torreada de su estructura de planta cuadrangular pero que, en realidad, fue un espléndido y refinado palacio conocido en su época como *Qasr Ibn-Sad*. Estuvo rodeado de jardines y huertas para cuyo riego se construyó un gran albercón cuyos restos, así

como de los de otros muros y canalizaciones, pueden todavía distinguirse en las huertas cercanas.

El palacio del Castillejo se construyó sobre la cima de un cerro menor distante unos 300 metros del castillo de Monteagudo. Para dar cabida a todas las estructuras del edificio se dispusieron dos terrazas sostenidas por fuertes muros de argamasa construida con tapiales y con torres dispuestas en cortos intervalos a semejanza de las del Castillo antes descrito. La terraza superior, de planta rectangular, presenta cinco torres en sus lados mayores y tres en los menores con la disposición de dobles torres en los ángulos ya mencionada. El centro de la plataforma así formada lo ocupaba un patio de crucero, con cuatro andenes perimetrales y dos centrales perpendiculares por los ejes, que determinaban cuatro arriates o cuarteles para la vegetación. En los dos extremos del patio hubo sendas albercas frente a los salones principales, que ocupaban los lados menores de la planta. Dichos salones, de planta rectangular y dispuestos en dirección perpendicular al eje mayor del patio, se abrían hacia él mediante huecos de varios vanos y debieron estar precedidos por pórticos. Alrededor del patio se dispusieron una serie de habitaciones tanto en las crujeas inmediatas a éste como en el interior de las torres, que al parecer fueron huecas desde una cota ligeramente inferior a la del patio. Estas habitaciones se agrupan en cuatro



Castillo de Monteagudo, Murcia.

conjuntos, uno por ángulo, en torno a espacios que seguramente fueron patios menores. Las torres centrales de cada lado estuvieron seguramente destinadas a miradores, disposición que constituye un claro precedente de otras semejantes de la Alhambra. En el lado occidental, una gruesa muralla con nueve torres macizas sostienen una segunda plataforma a una cota inferior que debió servir para facilitar y proteger la entrada al palacio. No existen testimonios claros sobre la ubicación y disposición de la puerta de entrada al edificio, aunque es muy probable que estuviera situada en el ángulo suroeste. El palacio estuvo decorado con finas yeserías labradas con ataurique que aparecieron en las excavaciones junto con basas y capiteles de mármol y alabastro, así como zócalos pintados con motivos de lazo de muy distintos y variados trazados.

El Castillejo de Monteagudo debió ser destruido en el momento de la conquista almohade de Murcia, en 1171 o quizás en la expedición de castigo que la precedió seis años antes. Nada más contrario al espíritu austero de esta dinastía que una construcción de este tipo, destinada al placer y al solaz de un príncipe refinado y culto pero poco apegado a la observancia estricta de los preceptos del Islam. Pocos años después era ya descrito como una ruina por el poeta al-Qartayani. Tras su excavación en los años veinte de este siglo, el proceso de deterioro y destrucción se ha visto agravado por la construcción de un depósito para riego en el espacio del antiguo patio y la plantación de cítricos dentro de las habitaciones perimetrales. Todavía se encuentran en lugares próximos de la vega de Murcia otras construcciones que sin duda corresponden a almunias y palacios de recreo levantados durante este período mardanisí y que debieron correr igual suerte que el Castillejo de Monteagudo.

Caso distinto lo constituyen los restos de fortificaciones que se levantan en el Puerto de la Cadena, en el camino que conduce de Murcia a Cartagena. Hasta tres recintos construidos con tapiales de sólida argamasa flanquean este paso. El situado en posición más elevada, conocido como La Asomada, es de planta rectangular con tres torres en cada lado con la típica disposición de las dobles torres en los ángulos. Los otros dos recintos se encuentran situados a una cota más baja y próximos uno del otro, aunque hoy se hallen separados por la autovía que une Murcia con Cartagena. El

situado más alto de los dos presenta crujías en tres lados y tres grandes torres en uno de los frentes mayores. Todas estas construcciones del Puerto de la Cadena presentan técnicas constructivas y diseño muy semejantes y todas ellas tienen otra característica común: son obras inacabadas. Obedecen sin duda a un gran proyecto de fortificación de la vega de Murcia que quedaría interrumpido por la conquista almohade. En todo caso muestran la fuerza del estado mardanisí sostenido por la riqueza de los recursos naturales del levante andalusí y por un activo y próspero comercio. Todo ello permitió a este pequeño reino peninsular mantener largos años en jaque al imperio almohade.

Además de numerosos restos de casas y otras construcciones que en los últimos años han ido apareciendo en las excavaciones de numerosos solares de la ciudad, y que proporcionan importante información sobre la vida y organización de una ciudad andalusí que gozó de gran prosperidad en los siglos XII y XIII, pero que por la propia dinámica urbana no pueden conservarse, sí pueden verse en distintas partes de la ciudad restos de sus fortificaciones. Construidas en tapial, presentan gruesos muros flanqueados por torres que se elevan por encima de los adarves. Parece ser que todo el perímetro defensivo contó con un antemuro o barbacana que reforzaba la seguridad y resistencia de la fortificación. Los restos más interesantes de las murallas pueden verse en la calle de Verónicas o en la antigua puerta de Orihuela.

De los vestigios más importantes que hoy tenemos del período correspondiente al dominio almohade e inmediatamente posterior hay que resaltar los hallazgos realizados en *Madinat Siyasa*, despoblado inmediato a la actual Cieza y a la que esta última población vino a sustituir tras la conquista cristiana del reino de Murcia. La antigua población musulmana estuvo situada en la



Onda, Museo Municipal.

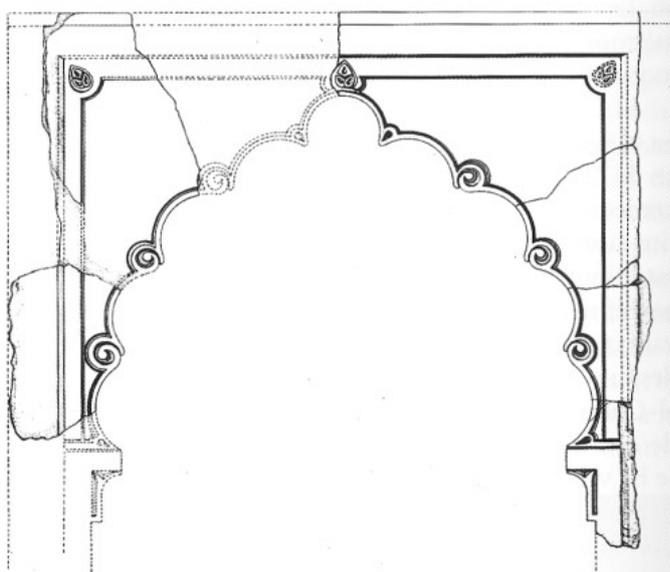
empinada ladera de una montaña en cuya cima aún pueden verse los restos de un poderoso castillo. Dominando la vega del Segura, la población primitiva gozaba de una posición mucho más estratégica, si bien más incómoda, que la Cieza cristiana. Excavado en los años ochenta una pequeña parte del solar que ocupó la villa, se ha puesto a la vista un barrio de 18 viviendas de tamaño y disposición variados, con parte de la estructura variada que tiene el interés añadido de no haber sido habitado por población cristiana tras la conquista, por lo que su destrucción les sobrevino a los edificios en la forma en que habían sido habitados por la población musulmana. La estructura de las casas, su decoración e incluso parte de sus ajueres cerámicos han aparecido arruinados, pero sin alteraciones tipológicas o formales.

Las casas tienen como características más definitorias el estar dispuestas en torno a un patio, poseer al menos una sala principal, generalmente con doble hueco hacia aquél, y disponer, casi sin excepción, de letrina y cocina. Algunas tienen además cuadra y un piso alto sobre algunas de las habitaciones menores. La aparición de abundantes restos de decoración, que pueden hoy contemplarse en el Museo Municipal de Cieza, nos permite tener una idea bastante precisa del aspecto de estas viviendas e incluso de la evolución que el arte almohade y sus temas formales experimenta entre el último cuarto del siglo XII y el primero del XIII. En estas viviendas que pertenecieron sin duda a personas de distinta posición y poder económico, pero sin que en ningún caso podamos hablar de la existencia de ningún palacio, se observa cómo el estilo almohade cuajó con facilidad en todos los ámbitos y, en particular, en la arquitectura doméstica, merced a la sencillez de sus formas, que, aunque motivadas por un puritanismo religioso, permitieron lo que podríamos considerar una democratización de la decoración. Desde viviendas con espléndido ornato, como la casa nº 10, a otras mucho más modestas de superficie y ornamentación, la presencia de los típicos arcos de lóbulos o los de hojas arrancando de las típicas volutas en S es prácticamente general. Los hallazgos de *Siyasa*, tanto arquitectónicos como de cerámicas y objetos de ajuar doméstico nos ofrecen, por lo tanto, la visión más real y directa de la vida doméstica durante el período almohade en al-Andalus.

Siguiendo nuestro camino hacia el norte por tierras del Levante encontramos restos de arquitectura de un

estilo muy semejante a las yeserías del Castillejo de Monteagudo en Játiva. Se trata del desaparecido Palacio de Pinohermoso cuyos restos decorativos hoy se conservan en el Museo Municipal de esa ciudad. Una puerta de doble arco, de acceso al salón principal de la casa o, más bien, palacio al que perteneció, está decorada con bellissimo ataurique de labra muy profunda característico del arte almorávide. Sobre el doble arco había dos ventanitas con celosías, disposición típica en todas las casas andalusíes posteriores.

Más al norte, en la valenciana Onda, encontramos restos de una casa de época almohade con riquísima



Arco de Cieza.

decoración de yeserías ubicada en la plaza de San Cristóbal. Esta casa, construida seguramente en la primera mitad del siglo XIII, conservaba, aunque muy alterada, parte de la fachada de un salón hacia el patio, hasta que en 1968, al realizarse obras de reforma en la vivienda, se desmontaron todos los elementos decorativos y se trasladaron al Museo Municipal, en donde hoy se encuentran. Esta fachada estaba compuesta por un arco de entrada a un salón al que acompañaban dos arcos ciegos rematados en una trama rómbica o *sebka*, motivo éste típicamente almohade. Sobre el arco de la puerta hubo una ventana geminada que daba luz a una habitación alta o *algorfa*. La fina decoración que poseía esta casa viene a demostrar la difusión que alcanzó la orna-

mentación en la arquitectura doméstica en la época almohade, incluso en lugares como esta ciudad, que, aunque conocida y nombrada en textos y descripciones geográficas, fue población de importancia relativa.

El siglo XII ve el final de la dominación andalusí en Aragón. En 1118 Alfonso I el Batallador reconquista Zaragoza e inicia una rápida expansión hacia el Bajo Aragón y la cuenca del Jiloca que sólo se verá frenada por su muerte en la batalla de Fraga. Aunque detenido momentáneamente el avance cristiano, hacia el tercer cuarto de la centuria la reconquista llega a las zonas altas de Teruel y pocos años después a los límites del reino de Valencia, que no se conquistará hasta la siguiente centuria tras la desmembración del imperio almohade.

Poco antes de la conquista de Teruel, hacia el año 1170, el ya citado Rey Lobo, de Murcia, hizo donación de la *Ciudad de Santa María de los Banu Razin*, la actual Albarracín, a un caballero navarro, don Pedro Ruiz de Azagra, dando así fin a la dominación musulmana en esta población, que llegó a ser capital de una taifa, independiente y próspera durante todo el siglo XI. Las recientes excavaciones realizadas en su castillo han puesto a la luz un barrio de casas con estructura típica de las viviendas andalusíes que ya hemos analizado en otros itinerarios y lugares: patio interior con una sala principal, con doble puerta hacia aquél, letrina y puerta en recodo. Esto demuestra que la fortaleza fue en época musulmana una alcazaba que albergaría a la población de confianza de los

Banu Razin, dejando a los mozárabes y al resto de la población fuera de este amurallamiento, habitando la ciudad propiamente dicha, la medina. Aparte de los vestigios arquitectónicos, la excavación ha proporcionado una colección espléndida de cerámica andalusí, sobre todo del siglo XII, que prueba la importancia y desarrollo que tuvo la villa tanto bajo los Banu Razin como con los almorávides. Albarracín es un ejemplo magnífico y espectacular de ciudad medieval que ha conservado no sólo la fisonomía de una población andalusí de las sierras periféricas, sino muchos otros vestigios materiales y gran cantidad de arcaicas tradiciones en su entorno, a las que se suman la toponimia, los sistemas de regadío con acequias y norias de corriente, la gastronomía, el paisaje humano y tantos otros rasgos materiales y culturales que la convierten en un maravilloso fósil histórico, aunque eso sí, con mucha vitalidad.

Termina aquí, en la enriscada Albarracín, nuestro recorrido por las tierras de al-Andalus menguante, territorio con el que almorávides y almohades crearon, en dos tiempos, una unidad política y, sobre todo, cultural, junto con el resto del occidente musulmán. El declinar de al-Andalus, que se precipitó tras el derrumbamiento de los dos imperios norteafricanos, aún logrará resplandecer desde Granada, último reducto musulmán en la Península, pero ya desde el nacimiento del reino nazarí se empieza a vislumbrar el definitivo ocaso político, cuya estela cultural prolongó durante siglos el recuerdo de al-Andalus.